

«Don Roldán llegó a la torre oscura»  
 (Véase la canción de Edgar en *El rey Lear*)

*Robert Browning*

**I**

Pensé primero que mentía impunemente,  
 ese tullido viejo de mirada maliciosa,  
 muy de soslayo para ver qué efecto tuvo su mentira  
 en mi mirada, apenas reprimiendo con la boca  
 una mueca de júbilo, fruncida y arrugada  
 la comisura ante una nueva víctima en su haber.

**II**

¿A qué si no salió ese día con su báculo  
 para abordar con sus mentiras y sus trampas  
 a todo caminante que le hallara allí apostado  
 y no supiera dónde iba? Imaginé qué risa hueca  
 provocaría, y qué muleta escribiría mi epitafio  
 para pasar el tiempo bajo el polvo del camino,

**III**

Si, como me indicó, me desviaba  
 por la ominosa senda que, todos lo saben,  
 lleva en secreto hasta la Torre Oscura. Pero yo, sumiso,  
 giré donde él me señalaba: ni el orgullo  
 ni la esperanza renacida del final que se divisa,  
 sólo el contento de que hubiera algún final.

**IV**

Toda mi errancia por el ancho mundo,  
 toda mi búsqueda a lo largo de los años, mi esperanza

sumida en un espectro apenas a la altura  
de ese gozo sin fin que me reportaría el éxito,  
ya no podían reprimir el salto  
que dio mi corazón, al ver en su ámbito el fracaso.

## V

Como cuando un enfermo a punto de morir  
parece muerto ya, siente que afloran y se enjugan  
las lágrimas y acepta cada adiós de sus amigos,  
y escucha cómo el uno al otro le anima a salir, a respirar  
con más holgura fuera, («ya que todo ha terminado», dice,  
«y consumado el golpe no habrá llanto que lo enmiende»);

## VI

Mientras discuten si junto a las otras tumbas  
habría espacio para ésta, y cuál sería el día  
más apropiado para que trasladen el cadáver,  
sin olvidar los estandartes, los paños y los travesaños:  
y todo lo oye el moribundo, y sólo anhela  
no defraudar tanta ternura y seguir vivo.

## VII

Y había yo sufrido tanto en esta búsqueda,  
oído tantas veces cómo me profetizaban el fracaso, y cómo  
se me incluía siempre entre los de ese «Bando», a saber,  
los caballeros que a la busca de la Torre Oscura dirigían  
sus pasos, que un fracaso igual al suyo parecía idóneo,  
siendo toda mi duda ahora si estaría a la altura.

## VIII

Así que, con la calma del que desespera, me alejé de él,  
de aquel tullido odioso, de su puesto en el camino

hacia el sendero que indicaba. Todo el día  
 le fue el azar sombrío, y ya la oscuridad  
 se iba asentando hasta su fin, cuando lanzó un fulgor  
 de lúgubre  
 malicia al ver los llanos recobrar su res descarriada.

## IX

Porque, tan pronto como fui con candidez recuperado  
 para la promisión de la llanura, apenas di unos pasos  
 y me paré a mirar por vez postrera a mis espaldas  
 la línea a salvo del camino, desapareció; llanura gris  
 me rodeaba:  
 nada sino llanura hasta el confín del horizonte.  
 Quedaba proseguir; pues nada más podía hacer.

## X

Así que proseguí. No creo haber visto jamás  
 naturaleza tan innoble y tan diezmada; nada allí crecía:  
 ¡era más fácil encontrar, en vez de flores, un bosque de  
 cedros!  
 Tan sólo abrojos, lechetreznas, conforme a su principio,  
 podían propagar su especie, ajenas a toda veneración  
 imaginable; un cardo habría sido allí un tesoro.

## XI

¡No! Una mueca de penuria y de parálisis,  
 de alguna forma extraña, eran el sino de la tierra. «Ve  
 o tápate los ojos», me decía con fastidio la naturaleza,  
 «Aquí no cunde nada, y nada puedo hacer:  
 Es el fuego del Jucio Final la sola cura de este sitio,  
 la calcinación del barro y la liberación de mis esclavos».

## XII

Si allí pujaba el tallo ajado de un yerbajo  
sobre sus semejantes, le cortaban la cabeza; los cenizos  
crecían con envidia. Y ¿qué llenó de roces y agujeros  
las hojas negras, ásperas de la acedera, magulladas  
como obstáculo  
de todo anhelo de verdura? Es una bestia lo que pasa  
y expulsa toda vida de ellas, la amenaza de una bestia.

## XIII

Y lo que era la hierba, allí crecía rala como el pelo  
de los leprosos; briznas secas y delgadas perforando el  
fango  
que bajo ellas parecía haber sido amasado en sangre.  
Un caballo agarrotado y ciego, sus huesos a la vista,  
quién sabe cómo, había llegado allí y permanecía atónito:  
¡abandonado tras cumplir servicio en la parada del diablo!

## XIV

¿Con vida? Muerto podía estar por lo que a mí se alcanza,  
el cuello tenso del esfuerzo, enrojecido, en carne viva,  
y los ojos cerrados bajo la melena astrosa;  
nunca tan de la mano fueron lo grotesco y lo afligido;  
ni había visto nunca bestia a la que odiara tanto;  
debió de haber sido muy vil si mereció tanto dolor.

## XV

Cerré los ojos y volví la vista al corazón.  
Como un hombre que pide vino antes de luchar,  
pedí yo un cáliz de pasadas y felices perspectivas,  
antes de que aspirara a acometer cumplidamente mi  
misión.

Pensar primero y golpear después, el arte del soldado:  
un sorbo de los viejos tiempos pone en orden toda afrenta.

## XVI

¡No aquella! Imaginé la cara enrojecida de Cuthbert  
bajo sus ropas de encrespado oro,  
mi caro amigo, hasta que casi le sentía flexionar  
su brazo con el mío para así inmovilizarme  
como él solía. ¡Ah, la vergüenza de una noche!  
Perdió su renovado fuego el corazón, quedó aterido.

## XVII

Y Giles después, el alma del honor, parado allí,  
tan franco como cuando fue nombrado caballero hace  
diez años.  
Lo que un hombre sincero era capaz de hacer dijo que  
haría.  
¡Qué buen –pero la escena cambia– surco! ¿Y qué ahor-  
cado alcanza  
prendido en su solapa un pergamino? Sólo sus grilletes  
lo leen. ¡Pobre traidor, a quien se escupe y se maldice!

## XVIII

Mejor este presente que un pasado como aquel;  
¡de vuelta, pues, a mi sendero entre crecientes sombras!  
No suena nada, nada puede verse en lo que abarca la mirada.  
¿No va la noche a prodigarme un búho o un murciélago?  
Me preguntaba, cuando en la llanura lúgubre, algo  
vino a parar mis pensamientos y mudar su curso.

## XIX

Un arroyuelo de repente se cruzaba en mi camino  
sin avisar, como aparecen las serpientes.

Y no era una corriente perezosa igual que las tinieblas;  
 esta, conforme entre las piedras transcurría, habría sido  
 un baño  
 para la pata reluciente del demonio, para ver la cólera  
 de sus negruzcos remolinos salpicada de copos de espuma.

## XX

¡Tanta insignificancia y tanto encono! Flanqueado  
 de alisos diminutos inclinándose a su paso  
 y sauces que en sus brazos se arrojaban con un frenesí,  
 entre el fango,  
 de muda desesperación, un bosque de suicidas:  
 el río que les hizo todo el daño,  
 cualquiera que este fuera, entre sus troncos, impertérrito,  
 rodaba.

## XXI

Mientras lo vadeaba, ¡oh, santos, con qué pánico  
 temí plantar mi pie sobre la cara de algún muerto,  
 a cada paso, o que la lanza con la que sondaba la corriente  
 se enmarañase entre su pelo o entre su barba!  
 Puede que fuera rata de agua lo que atravesé,  
 pero sonó como el chillido de algún niño.

## XXII

Tuve contento de alcanzar la otra ribera.  
 Y hacia mejores tierras iba. ¡Qué vanos presagios!  
 ¿Quiénes fueron los que se batieron, qué guerra libraban,  
 quién convirtió a su paso en la ferocidad del atropello el  
 húmedo  
 terreno en pantanal? Sapos en una charca envenenada,  
 gatos monteses dentro de una jaula de metal candente...

### XXIII

Eso parecería el combate sobre aquella arena atroz.  
 ¿Qué fuerza les llevó a encerrarse allí, con toda la llanura  
 para ellos?  
 Ninguna huella que llevara a aquel corral horrendo,  
 ninguna que saliera de él. Brebaje enfebrecido el que dio  
 cuerda,  
 sin duda, a sus cerebros, como los galeotes cuando el Turco  
 para pasar el tiempo los enfrenta, judíos contra cristianos.

### XXIV

Y más aún, a pocos metros, ¡qué era aquello allí!  
 ¿Qué pérfida función tenía aquel motor, aquella rueda,  
 o rueda más que rueda, aquel carrete que desenrollaba  
 los cuerpos de los hombres cual si fueran seda? Y la  
 apariencia  
 de ser el torno de los sacrificios, sobre tierra a su merced,  
 o allí traída para que afilasen el acero de los dientes ya  
 oxidados.

### XXV

Luego, un pedazo de terreno ya sin árboles que fuera  
 bosque,  
 después pantano, parecía, y simple tierra ahora  
 desesperada y desahuciada; (¡así se alegra un necio,  
 construye cualquier cosa y la destroza, hasta que cambia  
 de humor y se retira!) de unos quinientos metros...  
 un tremedal de arena y barro, escombros, y una total negra  
 carencia.

### XXVI

Aquí manchas que herían la vista, de color brillante y  
 lúgubre,

allí partes donde la condición enjuta del terreno  
 cuajaba en musgo o en sustancias purulentas;  
 después, un roble paralítico, en su tronco una hendidura  
 como distorsionada boca que se raja por los bordes  
 abierta ante la muerte, y muere en el momento de cerrarse.

## XXVII

¡Y siempre exactamente igual de lejos del final!  
 ¡Y nada alrededor salvo el crepúsculo, nada  
 hacia donde poder encaminar mis pasos! Todo augurio  
 de un gran pájaro negro, amigo íntimo de Apolion,  
 que planeó con ala inmóvil y extendida de dragón  
 rozando mi montera, acaso el guía que tanto buscaba.

## XXVIII

Ya que al alzar los ojos, como pude fui consciente,  
 pese a la oscuridad, de que a los llanos reemplazaban  
 en torno las montañas, si ese nombre puede darse  
 a la fealdad de simples moles cuyas cotas se ocultaban a la  
 vista.

Y cómo, entonces, me pudieron sorprender, ¡quién lo  
 sabe!

Pues cómo hurtarse a ellas no fue en mi propósito más  
 claro.

## XXIX

Pero sí pude, sin embargo, presentir algún designio  
 del daño que sufrí, Dios sabe cuándo,  
 quizá en un sueño aciago. Aquí termina, pues,  
 lo que progresa aquí. Cuando en el límite  
 de mi capacidad, una vez más, sonó un chasquido  
 como el de un cepo que se cierra, ¡y ya estás dentro del cubil!

### XXX

Y me embargó sin tregua la abrasión de la consciencia:  
 ¡Este era el sitio!, esas colinas a mi diestra, hundidas  
 como dos toros que se enganchan con sus cuernos cuando  
 luchan;  
 y más hacia la izquierda, una montaña alta y pelada...  
 ¡Oh, asno  
 senil que te adormeces en este momento álgido,  
 tras una vida ejercitado en su contemplación!

### XXXI

¿Qué más podía haber allí sino la torre misma?  
 La torre circular y achaparrada, ciega como el alma del  
 incrédulo,  
 hecha de piedra oscura y sin rival en todo el ancho mundo.  
 Así es como el espíritu burlón del temporal  
 le indica al capitán del barco el arrecife que no ve  
 y en el que encalla, sólo cuando chasca la madera.

### XXXII

¿No ver? ¿Quizás por culpa de la noche? ¡No, de día  
 pudiera ser de nuevo a tal propósito! Antes, dejando  
 prendido ya el ocaso moribundo en un cortado:  
 los montes, cual gigante en cacería se dispone,  
 mentón sobre la mano, a ver la pieza acorralada:  
 «¡Estoca ya y remata al animal, hasta la empuñadura!».

### XXXIII

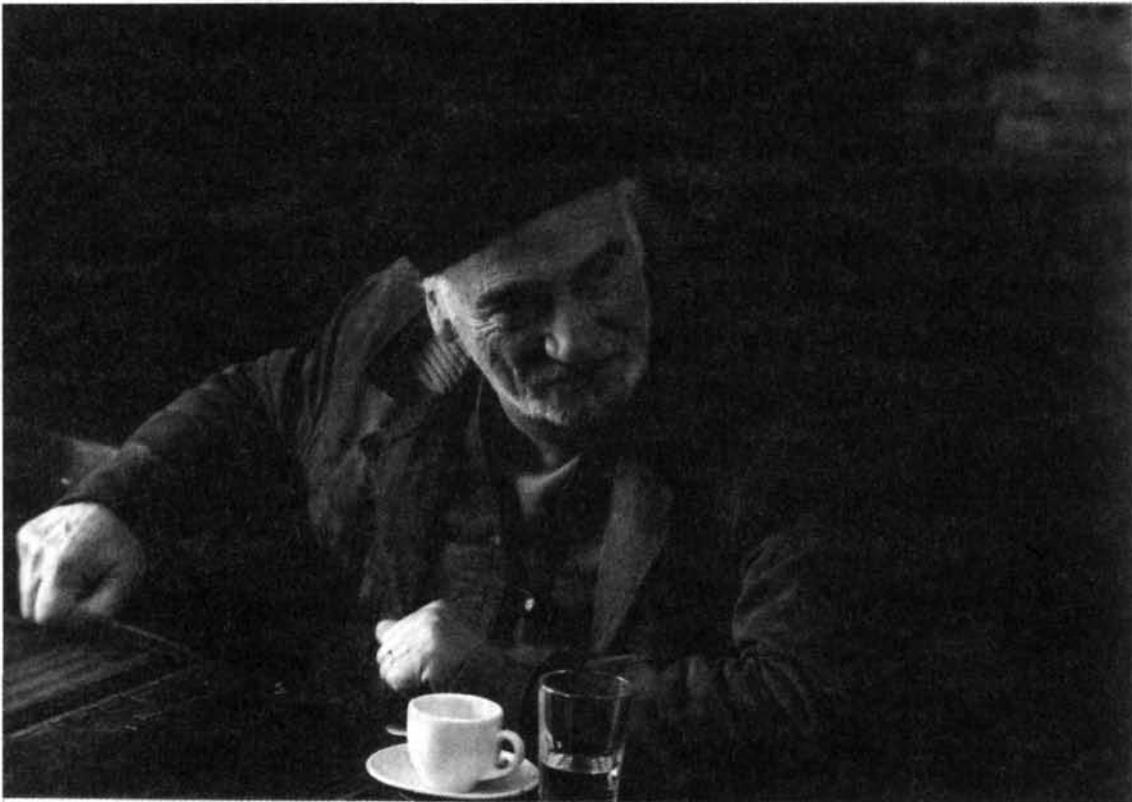
¿No oír? ¡Cuando el fragor invade todo y dobla  
 creciente como una campana! Los nombres en mi oído  
 de todo el que se aventuró conmigo y fue perdido:  
 ¡Cómo era fuerte el uno, y cómo el otro era valiente,

y el otro afortunado, y todos hace largo tiempo ya perdidos, perdidos! Tañía aquel instante la aflicción de tantos años.

### XXXIV

Todos allí, extendiéndose por la ladera, unidos en la contemplación de lo último de mí, ¡qué marco vivo para otro cuadro más! En un bosque de llamas los vi y supe todos sus nombres. Y aun así sin miedo me llevé a la boca el olifante, y soplé. «*Don Roldán llegó a la Torre Oscura*».

*Traducción y notas de Carlos Jiménez Arribas*



Marcelo Piñeyro: *Kamchatka* (2002)